

— Lo único que he querido ha sido que comprendiéseis la gravedad del juramento : ahora estoy tranquila.

— Gracias, y yo que tanto temo á la muerte, juro que quiero morir si no soy fiel.

Y con movimiento flexible y brusco, Mariposita se hunde de nuevo entre las espléndidas sedas de su traje.

— Te escuchamos, Vaca-Yanaghi, — dice Pájaro-Flor.

— Que las kamelos se alejen, — replica Joven-Sauce.

Y solamente cuando todas las jóvenes sirvientas han desaparecido y la puerta se cierra tras la última, empieza su relato.

IX

LA PRINCESA DESCONOCIDA

LA PRINCESA DESCONOCIDA

UNA noche, hace de eso más de veinte años, y ninguna de nosotras había llegado aún á la infancia, un norimono elegantísimo pero sin insignias, llevado por dos hombres que ocultaban el rostro con el casco de los *ronines*¹, entró en el recinto del Yosi-Wara, y una vez que la que lo ocupaba hubo bajado, se alejaron llevándose el vehículo.

Era una mujer joven, muy triste y muy her-

¹ Especie de casco en forma de campana que entraba hasta los hombros, y en el que, para que los que lo llevaban pudiesen ver, se habían practicado unas rejillas á la altura de los ojos. Este casco máscara era llevado por los vasallos amotinados de los príncipes. Entonces se les llamaba ronines, caballeros errantes, bandidos algunas veces.

mosa, y á juzgar por su tipo debía pertenecer á la más pura aristocracia.

Llamó á la propietaria de una de las principales Casas Verdes y con altivos ademanes y el modo de hablar indolente y desdeñoso de verdadera princesa, le declaró que quería alistarse en las falanges de las princesas ficticias. Más que una súplica, sus palabras parecieron una orden : la dueña estuvo á punto de prosternarse, pues las rodillas se le doblaban por sí solas, y más aún porque la desconocida no exigió ningún pago en cambio de su compromiso, antes al contrario, ofreció una suma importante para los gastos de su instalación. Claro está que impuso condiciones y fueron las siguientes : admitida desde el primer momento con la categoría de grande oirán, no recibiría más que á hombres originarios del principado de Hikone, y no los recibiría más que una vez. La dueña, extasiada contemplándola, se amoldó á todo, y durante varios años, largos y terribles sin duda alguna, la desconocida vivió en el Yosi-Wara encubriéndose con el nombre que ella misma había escogido de La Espada-Negra.

Misteriosa y triste, fuera de las horas de su servicio no hablaba con nadie, y á causa de esto tal vez, no se hablaba más que de ella. ¡ Cuántos

fueron los que se rebajaron hasta la mentira y juraron haber nacido en Hikone para que los admitiese una noche! Y todos, después de la única entrevista, se callaban dando pruebas de inconsolable pesar.

Y así siguieron las cosas hasta que una mañana, cuando las kamelos entraron en la habitación de La Espada-Negra, encontraron al amante de una noche atravesado en la cama y muerto.

Huyeron dando gritos, y pronto la ciudad del amor se revolucionó. La policia hizo cerrar las puertas del Yosi-Wara con la esperanza de que la homicida no habria tenido aún tiempo para escapar, pero no tardaron en encontrarla en el bosquecillo de su jardín con un puñal blasonado hundido en el corazón hasta la empuñadura. Viéndola, cualquiera hubiera dicho que allí lo había hundido con frenesí gozoso, como se hunde en la cerradura la llave que ha de darnos la libertad, y sus muertos labios, que vivos nadie había visto sonreír, se veían contraídos por una sonrisa de triunfo.

Las armas del puñal pertenecían á una familia completamente extinguida. El hombre degollado fué reconocido por un alto dignatario de la corte, y el silencio se hizo con respecto á ese asunto, se le cubrió con espesos velos, y se

prohibió que de ello se hablase ó se preguntase. El cadáver de la Espada-Negra y el de su víctima fueron llevados á un lugar que se ignora, y desde entonces nadie ha vuelto á saber nada.

Joven-Sauce se calla, y muy lentamente se sirve una taza de té.

Y como no reanuda su relato, las oiráns modulan un ¡ ah ! de sorpresa y de desencanto.

— Todas conocemos poco más ó menos lo que acabas de contarnos, — declara Ko-Mourasaki haciéndose intérprete del pensamiento general. — ¿ No sabes otra cosa ?

La mancha de oro que decora el labio inferior de Joven-Sauce se estremece ligeramente con un conato de sonrisa : apura á sorbos la taza de té, la deja luego en la bandeja, y añade :

— Poco tiempo después de mis primeros amores en el Yosi-Wara, un señor viejo se prendó de mí de manera tal que mis pobres méritos no justificaban su pasión. Pero á mi me gustaba muy poco, y, á pesar de las ventajosas proposiciones que me hacía, no podía decidirme á recibirle con agrado. Un día supe que había sido presidente de un tribunal de justicia y que él era quien había instruido las diligencias oficiales cuando el suicidio y el crimen que tanto nos preocupaban. Mi indiferencia cesó enton-

ces repentinamente, y le propuse acceder á sus ruegos siempre y cuando me hablase extensamente de la cuestión.

Le hice sufrir muchísimo. Preso entre su amor y su deber, uno le empujaba á que hablase mientras otro le ordenaba el silencio. ¡ Verdaderamente era digno de lástima ! En fin, y para terminar, supe enloquecerle hasta el extremo que confesó tener en su poder un manuscrito que se había encontrado junto al cadáver de La Espada-Negra, en el que ella misma relataba, día por día, una parte de su vida. A partir de aquel momento el precio de mis favores fué la lectura del manuscrito.

— ¿ Y llegaste á leerlo ? — pregunta Mariposita maravillada.

— El buen juez vaciló mucho tiempo. Al fin, una noche me trajo el precioso documento y me lo dejó leer, pero como yo le había jurado no decirselo á nadie, esperó á que estuviésemos solos. Para dormir lo metió debajo del colchón de la cama, pero durante la noche conseguí sacarlo sin que despertase, y á la luz de la linterna lo copié desde el principio hasta el fin....

— ¡ Lo copiaste !....

Y esta exclamación asoma á todos los labios á un tiempo, y hasta El Pájaro-Flor mira curio-

samente, distraída un instante de sus ensueños.

Joven-Sauce se lleva las manos á la cabeza, lo que, haciendo resbalar las pesadas mangas hasta los hombros, pone al descubierto unos brazos blancos como el papel. De la complicada ornamentación de sus cabellos saca un estuche de dorada laca que desaparecía por completo bajo las ondas del moño, y, abierto el estuche, muestra triunfalmente un legajo de finísima seda.

— El juez murió durante la última luna y no hay razón ninguna que me obligue á mantener el juramento. — Y al decir esto, desenrolla el manuscrito con gesto brusco que le hace correr sobre las esteras cual si fuese un río de leche.

— Vuestro silencio, — añade, — es elocuentísimo y nada más tengo que decir; escuchad:

Y con voz sonora, Joven-Sauce lee lo que sigue:

Castillo de Fusimi, año I de Gengi, 6^o mes¹.

« ¡Después de doscientos años de paz dichosa, la guerra civil acaba de estallar!

« ¡Oh! Brutal dolor... ¡Funesta noticia!...
¿Qué se ha hecho del encanto de la vida? Un

¹ Julio de 1864.

búfalo furioso ha destrozado la valla del cercado y pisotea las flores más hermosas. ¡Ay de nosotras!... ¡Ay de nosotras!... ¡Los sentimientos más delicados se confundirán con la sangre y con el barro!

« ¡Y en la desierta alcoba, las cuerdas de la lira hacen oír un sonido lúgubre, y se rompen sin que nadie las toque!

« La angustia me oprime la garganta, y sin embargo mis lágrimas no pueden romper ese nudo. ¡El desencadenado huracán no permite que la lluvia caiga!

*
*

« ¿Cómo endurecer nuestros corazones? ¿Cómo encontrar de nuevo la energía y la fuerza después de tantos años de perezosa voluptuosidad? Los sables, con sus empuñaduras embellecidas con pájaros de oro y flores de plata, sólo son adornos que penden de cinturones de seda.

« Los príncipes pasan la vida contemplando la naturaleza. Perezosamente apoyados en las barandillas de sus terrazas, cantan, sueñan, escriben versos en brillante raso, y enamorados de todas las bellezas, saborean las sensaciones nobles, y los mil matices del amor.

« Sus suaves cuerpos impregnados de perfumes ; cuán magullados se verán por la ruda y pesada coraza ! Y ¿ cómo sus delicadas manos, aprisionadas por el duro guantelete de cuerno, podrán asir la lanza y la pesada jabalina ? »

*
*
*

« ¡ Oh, hijos de héroes ! ¡ Ya estáis en pie, orgullosos é indignados y desconocidos con el traje guerrero !... ¡ Tenéis el corazón acorazado también, pues resistis impávidos el interminable adiós de desesperación !

« ¡ Únicamente se oye ruido de pasos que se alejan... que se alejan y que no volverán !... »

« Con la cara pegada al suelo me muerdo las manos para ahogar mis sollozos. »

*
*
*

« El orgullo y la vergüenza me dan valor. ¿ Voy á ceder al pesar y gritar como una mujer cualquiera de los arrozales, yo, princesa de la ilustre familia de los Nagato, y dama de honor de nuestra soberana ?... »

« ¡ Ah ! El amor acababa de germinar en mi

corazón... y... sin excusarla, el amor es lo único que explica la cobardía.

« ¿ Qué es lo que sucede ? ¿ De dónde viene el golpe que acaba con lo poco que soy ? Lo he recibido sin comprenderlo, pero es preciso saber seguir con el alma á los que combaten. »

*
*
*

« ¡ Honor al Mikado ! ¡ Fuera los extranjeros ! Este es el grito de batalla.

Los bárbaros del oeste huellan con sus plantas el sagrado suelo del Japón. Sus navíos echan anclas en nuestros puertos, y viles mercaderes de esas naciones desconocidas vienen á hacer su tráfico. Pero esto no es más que un pretexto, y lo que en realidad codician es nuestro hermoso país, y emplean toda suerte de habilidades para engañarnos.

« El Shogún ha tenido la debilidad de prometerles lo que esta prohibido y cambiar con ellos promesas escritas.

« El orgullo del poder le ha extraviado.

« Después de tantos antepasados poderosos, el Shogún no se acuerda de que sólo reina en nombre del divino Mikado y de que no es más que un esclavo. Y se ha atrevido á firmar con-

venios con los extranjeros sin contar con la aprobación del hijo de los Dioses, y por esta causa la dinastía de los Tokougava se verá destruida.

« *El aliento exhalado no vuelve jamás á los labios del hombre.* Las órdenes del Mikado no pueden ser anuladas, y desobedecerlas es un crimen del que no se ha tenido nunca idea. Y hé ahí que ese crimen se cometerá pronto.

« *Que los extranjeros sean arrojados de nuestro imperio del mismo modo que el polvo es barrido por la escoba.* »

Así dice la despreciativa orden del emperador celeste; pero el Shogún la elude, retarda el momento de obedecer pretextando que hay tratados, y diciendo que esos bárbaros tienen, en sus navíos, terribles máquinas de destrucción.

« ¡Qué vergüenza! ¡Temblar ante unos extranjeros! ¡Temer irritarlos cuando se atreven á descontentar al Mikado y á todos sus divinos abuelos! »

*
* *

« Nuestro Soberano, Matsudaría Dai-zen-no-Daibou, príncipe de Nagato, no ha podido soportar esta humillación y á nuestro grupo corresponde el honor de atacar el primero.

« Las baterías de los castillos fuertes de Nakatsu y de Nokura, que defienden el estrecho de Simonosaki, han tirado contra los navíos extranjeros que pretendían pasar.

« Y á causa de esto se censura á nuestro príncipe. El Shogún, seguido por su corte, ha ido de Yedo á Kioto á prosternarse ante el velo del trono celeste, y valiéndose de pérfidas insinuaciones ha querido persuadir al Mikado de que era preciso tener ciertas consideraciones á los bárbaros.

« Y habiendo logrado convencer al Yn-no-Miya, (Primer ministro), nuestro ilustre señor tiene que presentar sus excusas. Su hijo, el encantador Nagato-no-Kami, sale hoy mismo para Kioto. »

*
* *

« ¡Oh! ¡Qué largos y cuánto pesan en el corazón los días de soledad, de angustia y de espera! Parecen interminables, y sin embargo, como todos se parecen; los meses pasan sin dejar otros recuerdos que los de un sufrimiento monótono.

« En este gran castillo de Fumisi, si se exceptúa la guarnición que vela junto á las murallas, no quedan más que mujeres, pues nuestro prin-

cipe vive en el castillo de Hagi y aun no hemos recibido la orden que para reunirnos á él necesitamos.

« No estamos sujetas á ningún servicio, y los trajes de corte, cual hermosas muertas metidas en su ataúd, descansan en el fondo de los cofres perfumados. ¿Quién los despertará? ¿Cuándo la ruidosa ola de sedas y brocados volverá á ondular por la nivea blancura de las finísimas esteras?

« ¡Ay! ¡Me parece que todo ha terminado! Las salas, á través de los cristales de las puertas, están siempre vacías, y solamente el mensajero, que con tanta ansiedad se espera, aparece de cuando en cuando entre los árboles del jardín, avanza, se prosterna, y trae noticias incomprensibles.

« ¡Oh dolor! Los tiempos en que saboreábamos cada hora como si fuese madura fruta, pasaron ya; entonces, cuando las fiestas se sucedían, ninguna gracia, ningún detalle que aumentase nuestra belleza quedaba sin la recompensa de una mirada ó de una sonrisa. Aquellos á quienes formábamos cortejo nos acogían siempre con amable benevolencia, y cuando nos prosternábamos para rendirles homenaje, nos abrimos á sus pies como las flores de los jar-

dines : el ardor de sus ojos era para nosotras lo que para las plantas son los rayos del sol. Proclamaban la supremacía de la mujer, y, para embellecer su pensamiento, el alma se les asomaba á los ojos....

« Ahora la mujer no supone nada, no es nada, y su inútil belleza es ignorada florecencia de la primavera.

*
*
*

« Las noticias son terribles y no parece sino que el imperio se desgarrará á girones. El grupo de Nagato, desautorizado por no haber obedecido, se declara rebelde, y los samourayes de nuestro príncipe arrojan la celada y adoptan el casco máscara de los ronines. Y así recorren las calles y las carreteras combatiendo á los soldados libres para vengar el honor de su daimio.

« ¡A muerte los extranjeros! Ese es su grito de combate, y cuando encuentran á esos intrusos los degüellan por haber tenido la audacia de afrontar nuestro odio hollando con sus plantas el suelo del Japón.

« Pero el Shogún sigue prestándoles su apoyo, exige represalias por los crímenes, y hace toda clase de esfuerzos para convencer al Mikado de

que es preciso tratar con miramientos á esos importunos.

« *Que los dispersen como la escoba dispersa el polvo.*

« Los grandes daimios del imperio se agrupan alrededor del Hijo de los Dioses ; otros entretanto sostienen al Shogún, y la confusión que reina es espantosa.

¡ Oh, los pasados días ! ; La fiesta de los crisantemos del año último en la que por primera vez el que se apoderó de mi corazón se me apareció altivo y encantador entre sedas de oro y púrpura !

« Hoy hace precisamente un año, y con las mangas, empapadas en lágrimas, cubro mi rostro... »

* * *

« ¿ Acaso los Dioses se disponen á bajar á la tierra para castigarnos ?... No puedo creer lo que dice el horrible mensaje que acaba de llegar : Nagato se propone ir hasta la capital sagrada para atacar á los malos consejeros del Mikado y reconquistar sus favores. Solamente la ofensa que ha recibido puede explicar semejante locura, pero con todo, tamaño sacrilegio le perderá para siempre. ¡ Fuego y acero, amenazas de

violencias alrededor del palacio que desde hace veinte siglos es el vestibulo del cielo ! ; El piadoso silencio que allí reina desgarrado por el chasquido de las armas ! ; El Hijo de los Dioses atacado por un hombre !

« ¡ Desdichada ! ; Voy yo también á censurar á nuestro príncipe ? No, no ; mi vida es suya, y aun para el sacrilegio, siendo criminal, me tendría á su lado.

« Aquí, en el castillo de Fumisi, estamos cerca de Kioto, el corazón de la guerra. »

* * *

« Era cierto : el ataque es cosa decidida, y nuestras tropas han vuelto al castillo precipitadamente.

« Aquí están todos los grandes jefes, y extraordinario tumulto ha venido á suceder al ansioso silencio de nuestra soledad.

« ¿ Estará él ahí ? ; Se atreverá á hacer algo para verme ? ; Vivirá aún bajo la dura coraza el frágil amor ? ; Querrá aspirar un instante su perfume ?

« Desde mi morada, bajo los grandes cedros, acecho constantemente el ángulo de la balastrada...

*
*
*

« Ha venido.... ocultándose entre la espesura del bosque de bambúes, y se ha presentado de pronto á la débil claridad de la luna en menguante.

« Al verme, su hermoso y severo rostro se ha dulcificado.... Yo le he tendido los brazos, me he inclinado, y él, encaramándose por las ramas, ha llegado hasta mí....

« ¡ Ah! ¡ Qué beso tan largo, tan apasionado y tan ardiente!.... De una vez hemos bebido todas las delicias del amor.

« — Al morir, — me ha dicho, — para ti será mi último pensamiento.

« Y se ha ido corriendo....

« — ¡ Adiós para siempre! ¡ Adiós para siempre!

« En mi corazón estas palabras han resonado como sonoros toques de campana.

« ¡ Adiós para siempre! ¡ Adiós para siempre! »

*
*
*

« La marcha de los combatientes se verifica á media noche. Ruido semejante al de la mar

llena los jardines, y por instantes los toques de corneta desgarran el silencio, y por todas partes surgen resplandores rojizos que parecen incendios.

« Apenas puedo sostenerme en pie. Sin embargo, hago un esfuerzo, me envuelvo en un velo obscuro, y por impracticables senderos llego á las fortificaciones subiendo cuestas. Muchas compañeras mías han hecho lo mismo que yo y nos abrazamos formando tembloroso grupo. ¡ Oh! ¡ Qué espectáculo tan extraordinario! A la confusa luz de resinosas teas y blasonadas linternas, contemplamos los arcos de guerra, los arcos que invisibles durante los doscientos años de paz, sólo conocíamos por las pinturas y los dibujos. Allí están las pesadas corazas, los extraños cascos, las máscaras de bronce erizadas de pelos y con los dientes de plata, los látigos con correas de oro, las lanzas de brillantes puntas y de formas diversas, y las orgullosas banderas que graciosamente se agitan al viento.

« ¡ Oh, qué cuadro tan hermoso y tan terrible en las angustias de la noche!

« Como un río negro puede pasar bajo el arco de un puente, así el ejército pasa por la bóveda del portalón. Los soldados andan con paso vivo

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

que imita el ruido del granizo, y franqueados los fosos forman filas en la sombra y permanecen inmóviles con la lanza empuñada ó con la mano apoyada en la boca del arma nueva, del fusil venido de occidente. Y á lo largo de sus armas y armaduras, centellean resplandores que semejan serpientes rojas.

« Durante un momento por la bóveda no sale nadie, y luego emergen de la sombra, avanzando lentamente al paso de los caballos, los grandes jefes.

« Primero, Masuda, que manda las fuerzas de reserva y al que preceden dos estandartes sagrados. En uno de ellos está bordada la imagen del divino guerrero Kantoni Dai-Miojin, venido del cielo para someter al Japón, y en otro el retrato de Kora-Dai-Miozin, ministro de la emperatriz Zin-Sou, que conquistó la Corea hace dieciséis siglos.

« Luego viene Echigo, gobernador del palacio donde nos encontramos, y al fin aparece Kounishi, el jefe supremo...

« Se pone al frente del ejército y pasa, muy iluminado por los que llevan las antorchas, precisamente junto al sitio donde me hallo yo, y su imagen se graba para siempre en mi memoria.

« Le precede la bandera del grupo de Negato, y en ella se ve la línea horizontal rematada por los tres lazos que significan el primer grado.

« Las piezas de su armadura de negro cuerno están unidas por tejidos de seda verde, y se adaptan perfectamente al vestido que es de brocado de Yamato. Su manto de guerra es de gasa blanca, y los dragones pintados con tinta china son transparentes como el humo. En la mano lleva el látigo de mando con doradas correas. No lleva casco, y la intrépida é implacable expresión de su rostro me deja helada de espanto.

« Pasa, y tras él, con ruido de tempestad, ruedan dos cañones guardados por treinta soldados armados con picas, y las negras corazas desfilan casi invisibles, reflejando como reflejaría el agua, las fumosas antorchas.

« Fukubara Echigo sigue el mismo camino y yo le veo acercarse en medio de vivísima claridad. Bajo el guerrero casco de bronceado cuero, su rostro altivo respira entusiasta heroísmo que llega al corazón, y su manto escarlata cubre casi enteramente la grupa de su caballo. En el hombro del príncipe distingo su emblema bordado: el trébol de tres hojas. Las piezas de su

armadura están unidas entre sí por finísimo tejido de seda púrpura.

« Y ha pasado con las banderas, y tras él lleva también cañones y quinientos coraceros que le dan escolta... pero á Él, á Él, no he tenido la dolorosa dicha de verle... Sin duda alguna acompaña á Masuda que ha tomado otro camino.

« Y todo ese ejército al que signen grandes sombras que se mueven y semejan espectros negros entre nubes de rojizo humo, desaparece y se pierde entre las tinieblas.

« Y durante largo rato, muy largo rato, oímos el acompasado ruido que se aleja.... »

* *

« ¡ Cuán doloroso es ser mujer en momentos semejantes! Nuestro sufrimiento, estancado é inútil, es casi imposible de soportar, y sintiéndonos incapaces de permanecer solas en nuestros pabellones reservados, nos hemos reunido en el palacio central.

« ¡ Oh! ¡ El ruido de los nerviosos pasos á través de las vacías habitaciones, las manos crispadas y frías y los fuertes latidos del corazón á la llegada de un mensajero !....

« Para no morir de angustia hacemos que nos envíen un mensajero de hora en hora, y apenas el sol se levanta... pero ahí está uno ya.

« Se prosterna y no sé por qué me parece que gruesas lágrimas ruedan por sus mejillas y vienen á caer en la blanca estera.

« Temblando como azogadas esperamos á que hable, y nuestro temor es tan grande que no nos atrevemos á interrogarle.

« — La Ciudad Santa está llena de combatientes que de todas partes han acudido para defender al ultrajado Mikado. Ante el peligro, el Shogún se ha sometido, y todos los samourayes y los daimios de la familia de Tokougava están allí al frente de sus tropas. Stotsubachi, Echigen, Kouvana, Aidzu... El príncipe de Satsuma ha enviado soldados, y el príncipe de Chikouzen guarda por sí mismo todas las puertas del palacio.

« Los adversarios más encarnizados olvidan sus querellas y se unen, y con sus cuerpos forman murallas para defender al Hijo de los Dioses.

« Y el mensajero no sabe más que el número de asaltantes, que habrán de encontrarse con formidable defensa, hace estremecer.

« Mientras habla, empieza á oirse lejano cañoneo.

« Y empujadas por irresistible impulso abandonamos las salas, corremos á través de los jardines, y llegando á la plataforma del castillo nos asomamos por las almenas. Como oímos, pensamos que también podremos ver, pero solamente distinguimos los campos que hasta lo infinito parecen envueltos por rosada niebla que rasga los primeros rayos del naciente sol.

¡Oh, ese globo de fuego alzándose sobre la plateada niebla! ¡cualquiera lo creería el estandarte del Japón desplegado por los mismos dioses sobre la ciudad sagrada! »

*
*
*

« Entre una nube de polvo avanza un caballero cuyo caballo parece desbocado.... Pasa por debajo de la plataforma, entra por el sonoro puente, y desaparece en la bóveda.

« Arrollando las ropas alrededor de mi cuerpo cruzo los cedros del terraplén, y para saber más pronto me adelanto á mis compañeras cuyos sueltos trajes luchan con el viento.

« A los pies del viejo gobernador, el mensajero, respirando penosamente, trata de hablar, mientras el caballo, cuyas patas se doblan, cae como una masa.

« — Nuestro gran jefe Kounishi, luchando con arranque impetuoso, ha entrado en Kioto forzando la puerta de Nakada-Kiuri, guardada por el príncipe de Chikousen. Los soldados vencedores rechazan al enemigo hasta los muros del palacio sagrado, y atacan la Puerta de los Señores que con sus mejores tropas defienden los príncipes de Aidzu y de Kouvana. Pero á pesar de ser inferiores en número, los de nuestro grupo triunfan aún, y pisando los talones á Aidzu y á Kouvana que huyen, franquean el portal santo y penetran en los misteriosos jardines. »

« ¿Será posible?... á estas horas el ruido espantoso de las armas desgarran el silencio secular... ¡Las flechas y las balas tronchan las delicadas flores que caen exhalando su perfume!... ¡El humo mancha la pureza del aire, y la diosa Amatératzu, divina abuela del Mikado, armada con su lanza llameante, no baja del cielo irritada y terrible!... »

*
*
*

« No puedo abandonar la poterna, y allí espero á los mensajeros. Así oigo más pronto su balbuciente palabra.

« Todas estamos agrupadas alrededor del

gobernador, en medio de la helada corriente de aire de la bóveda que refresca nuestra fiebre, mientras las damas de honor, exaltadas con la victoria, charlan nerviosamente.

« El viejo gobernador no dice una palabra. Rígido, inmóvil y ansioso, clava su pálida mirada en el camino.

« Y yo me callo también, pues por mi apretada garganta no podrían pasar las palabras, y me parece que de mi corazón brota roja cascada. »

* *

« — El príncipe de Satsuma ha acudido en socorro de Aidzu, y los vencedores de Nagato, uno contra diez, han sido rechazados fuera de la Puerta de los Señores. Y en este mismo instante, están luchando en terrible combate. »

« Al dar esta noticia el mensajero solloza y llora, pues el desastre ha venido á borrar la victoria.

« Añade el mensajero, que el daimio de Issé, después de haber pasado el Idogava con sus partidarios, ha vuelto á pasar el río al enterarse de que tenía que combatir contra los de Nagato.

« Mientras le escuchamos, llega hasta nosotros

distintamente el ruido del galope de caballos, y todos nos precipitamos al puente levadizo.

« Lanza en ristre se acerca un grupo de jinetes, y uno de ellos trae con mucho respeto algo envuelto en la bandera, y la sangre que gotea á través de la tela se ha cuajado en el petral y en una pata del caballo. ¡ Oh, el heroico y terrible episodio ! Todos nos prosternamos en el patio para acojer dignamente el precioso envoltorio que contiene la cabeza del jefe Matabai !

« Allí está, en la bandera que extienden por el suelo... Color de cera,... ojos cerrados,... fruncido el entrecejo, y oyendo como aquella querida cabeza ha caído con tanta gloria, las lágrimas corren por nuestras mejillas.

« — Herido de muerte, Matabai se ve abandonado de sus soldados que retroceden... »

« — Por lo menos, cortadme la cabeza y llevárosela, — grita, — no la dejéis en manos del enemigo para eterna vergüenza de los nuestros. »

« Y como entre el desbarajuste horrible todos vacilan, exclama :

« — Guerreros estúpidos é indignos ; mi deshonra caerá sobre vuestras cabezas. »

« Su sobrino le oye, pasa por encima de los muertos y de los vivos y furiosamente da tajos

con su espada. Llega hasta el lugar donde se encuentra el noble herido, corta la noble cabeza, y consigue escapar.

« Me estremezco de pies á cabeza, no sé si de entusiasmo ó de horror, pero aun me parece que estoy viendo al joven, casi al niño, cuando la noche antes, inclinado sobre su caballo y con los sombríos ojos fijos en su jefe, cambiaba rápidas palabras con Matabai. Vuelvo á ver la mano que se crispa al sujetar las riendas para mantener al caballo indócil, y el brillante estribo, que en la obscuridad de la noche brilla á los resplandores de las antorchas. ¡ Y ese niño ha tenido que hacer esa cosa horrible, espantosa, y al hacerla se ha cubierto de gloria para toda la eternidad! »

..

« Ahora empieza el lúgubre desfile de heridos y de moribundos que cruzados sobre los caballos ó en improvisadas camillas traen los nuestros al castillo. Las salas se llenan, y en un instante las blancas esteras que cubren el suelo se convierten en esteras rojas.

« Con el corazón retorcido por la desesperación tratamos en vano de consolarles y aliviarles. ¡ Nuestras frágiles y delicadas manos no pueden

restañar tanta sangre! ¡ Oh! ¡ Los desfigurados rostros en los que el sufrimiento imprime palidez de condenados!... Y sin embargo, aun cuando se oyen estertores, ninguno de esos héroes deja que de sus pechos salga un gemido. »

..

« ¡ Ay! Las noticias funestas caen sobre nosotros como pertinaz granizo. Nuestro ilustre jefe, Kouniski, ha sido vencido, destrozado, y sus soldados huyen á la desbandada.

« Masuda tiene sitiado el palacio de Takatsukasa que defiende el príncipe de Hikone, y la lucha es terrible. Tan terrible es, y tan formidables son los duelos que se traban entre los hombres de Nagato y los de Hikone, que los combatientes se paran para contemplarlos.

« Echigo resiste aún á los samourayes de Ogaki, y ha tomado dos cañones al enemigo... Pero alguien cree haberle visto caer del caballo gravemente herido, y asegura que se lo han llevado en una camilla.

« ¡ Jo-hi »! ¡ Jo-hi! (fuera los extranjeros). ¿ Será cierto que por esos seres despreciables, por esos desconocidos que queremos echar como se echa á perros rabiosos, los hijos del

Japón, presa de loco frenesi, se matan unos á otros? »

« ¡ Oh! ¿ Qué sucede?... Esos gritos... ese tumulto... ¿ Será que en medio de mi sueño febril una pesadilla viene á despertarme?... »

« ¡ No, no!... Es la realidad brutal, la realidad más espantosa que nunca... El ejército, lo que del ejército queda, huyendo á la desbandada, perseguido de cerca por los enemigos, y entrando desordenadamente en el castilló... »

« Desde mi ventana veo á los soldados que se esparcen por los jardines arrastrando muertos y heridos que dejan tendidos en el césped. . . »

« Y... ¡ Él!... ¡ Él!... ¡ Oh! ¡ Oh!... . . . »

Pabellón de las Perlas Rojas.
En el Yosi-Wara.

« ¡ Soy una muerta que recobra el pincel después de los días que por ella han pasado, días que han sido puñaladas dadas en carne inerte!... »

« A Él le debo estar escribiendo ahora para que se sepa la verdad y para que se sepa también si habré podido cumplir sus órdenes. »

« ¡ El infierno!... Yo lo he cruzado sin reducirme á la nada. Estoy en un lugar peor que el infierno, y no me encuentro en él por mi única voluntad. »

« Con ojos velados vuelvo á leer en el rollo de seda los desordenados caracteres por mí trazados hora á hora durante la terrible jornada. »

« Cesan en el momento que di un grito de dolor, grito de dolor que destrozó mi alma, cuando vi que dos ronines le traían con los ojos cerrados y tan pálido, que cualquiera hubiera dicho que le envolvía un rayo de luna. »

« Me encontré á su lado sin saber por donde había pasado para llegar hasta él, y con mi traje de noche, parecía una loca. »

« Le habían dejado tendido en el suelo,... desvanecido... muerto tal vez... ¡ no!... Abrió bruscamente los ojos como si mis sollozos le hubiesen despertado, y en sus ojos brilló un relámpago de espantosa cólera. Me vió y me reconoció. Sus labios cerrados para el silencio eterno se entreabrieron un instante, y precipitado aliento agitó su pecho : quería hablar. »

« Dominando mi dolor puse mi oído junto á su boca...

« — Si me quieres venga mi memoria. Un hombre de Hikone me ha herido por la espalda mientras que herido ya luchaba todavía contra un adversario leal. Éste, viendo semejante acción ha vuelto la espalda con desdén, y yo he podido cojer al infame por la garganta y verle la cara. Las fuerzas me han faltado. Véngame, y después ven á reunirme conmigo á la morada del eterno amor...

— El hombre, el hombre... ; Dime como se llama !...

« Pero su voz no le obedecía ya y sus labios se agitaban silenciosamente. ; Oh, qué horrible angustia ! ; Sus ojos, agrandados repentinamente me miraban con espantosa fijeza !... ; Me veía acaso ?... Los cerró, los abrió de nuevo, y haciendo un esfuerzo supremo balbució :

« — No sé el nombre... Arrancado la coraza... Bajo la tétilla... un tatuaje... tres flores de cerezo...

« — ¡ Tres flores de cerezo !... — grité temiendo no haber comprendido bien...

« Y sus ojos me dijeron « sí » y en seguida el aliento de la muerte, empañándolos con su vaho, los apagó para siempre... »

*
..

« Preciso era soportar la espantosa carga de la vida, salvarla á cualquier precio, pues la muerte me tendía los brazos para libertarme de mis angustias...

« A mi alrededor, las desdichas se sucedían dejándome tan insensible como podía serlo la quimera de bronce que se parecía sentada al pie de la escalera. Vino luego el asalto del castillo : Hikone, Satsuma y Aidzu aullaban á sus puertas, y sus gritos y sus esfuerzos tropezaban con la desesperada defensa de aquellos héroes á los que cojerían vivos ; y los estertores, las agonías, todo, caía sobre mi dolor como el agua cae en un cubo lleno...

« La idea fija que como un clavo iba penetrando en mi imaginación era ésta : « tres flores de cerezo... un hombre de Hikone... » Y obsesionada por estas palabras obraba maquinalmente, con matemática precisión, vistiéndome como si fuese á emprender un viaje, y reuniendo los objetos preciosos que fácilmente me podía llevar.

« Pero, ¿ cómo escapar ? ¿ Cómo salvar la vida ? Densa humareda empezaba á caer sobre los jardines, pues los sitiados lo quemaban todo prefiri-

riendo entregarse á las llamas antes que á sus vencedores.

« El castillo había de ser como una tumba con murallas... ¿ Iría á desobedecer?... Alguien arrojó una antorcha encendida á los pies de mi pabellón que pronto empezó á arder y á chisporrotear...

« — No, no debía morir...

« Y saltando por una ventana bordeé el arroyuelo, llegué al estanque, y desatando una barca la empujé hacia el centro... Allí no me alcanzaría el incendio, pues los árboles de los alrededores dejarían caer en el agua sus lágrimas de fuego... »

..

« A través de las humosas ruinas, los vencedores me dejaron pasar, riéndose de mí y dirigiéndome frases burlonas. Sobre el castillo flotaba la bandera de Hikone... Y él estaba allí sin duda, él, el hombre de las flores de cerezo... ¡ Ah!... ¿ Por qué mis ojos no verán á través de las corazas? ¿ Cómo separar las túnicas y ver los pechos al desnudo?... »

..

« La respuesta acudió bruscamente á mi imaginación al atravesar una aldea incendiada.

« Únicamente las prostitutas pueden ver hombres desnudos... ¡ muchos hombres!... »

..

« Y por esto estoy aquí, en el Yosi-Wara, como araña siniestra que acecha desde el borde de su tejido una presa que tal vez no vendrá nunca á caer en el lazo. »

..

« ¡ Días, meses y años! ¡ Oh! ¡ Cuánto pesa el tiempo! ¡ Cómo no ha concluido conmigo? Mi vida, más que vida es casi un sueño. ¡ Las plantas que viven en la sombra deben vegetar de este modo! »

..

« Esas presencias odiosas que tengo que soportar, esos abrazos, esa violación de mi cuerpo... ¿ me hacen sufrir? No, no más que el contacto de los gusanos hace sufrir á los cadáveres.

..

« Tan parecido es esto á los castillos princi-

pescos, con tan escrupuloso cuidado se cumple el ceremonial, tan exactamente se observan las costumbres y los usos, que hay momentos, ¡muy cortos desgraciadamente! en que creo estar aún en la residencia de Hagi, al lado de mi soberana. Pero la ilusión dura poco, por más que me deja cierto deseo confuso de saber lo que ha sido de ella y del ilustre príncipe, nuestro Señor, después de tantas catástrofes. ¿Cómo ha terminado la guerra? ¿Qué bienes han podido nacer y florecer entre tanta sangre vertida?

« Parece que han pasado siglos durante esos tres años interminables. Y alrededor mío, y por momentos, cosas incomprensibles sorprenden mis distraídos ojos. »

« Hago hablar á los seres que se me acercan, y en mi espíritu parece que reina el caos.

« El Shogún no existe ya, y ya no hay príncipes soberanos... El nuevo Mikado, que tiene diecisiete años, abandona Kioto, el misterio divino que rodea su santidad, y proclama Yedo como capital del imperio, Yedo, que en adelante se llamará Tokio. Después de tantas luchas todo parece tranquilo, y Nagato, perdonado y vuelto

al favor, es primer ministro... Así pues, los malditos extranjeros habrán sido arrojados para siempre del Japón ya que los que por ellos emprendieron la terrible guerra han logrado completa victoria... Pues sucede todo lo contrario... ahora vienen en cantidad, los llaman, los tratan como á hermanos, quieren parecérseles, los imitan,... y en fin, no hay nada comparable á ellos... ¡ No parece sino que han desencadenado en nuestro país vientos de locura!

« Yo no creería ninguna de esas historias sacrílegas si no viese síntomas extraños á mi alrededor... »

« Pero qué importa... Nagato está otra vez en favor, y eso es todo lo que me ha interesado. »

« ¡ Oh! ¡ Mi bien amado! Voy perdiendo la esperanza y empiezo á creer en la inutilidad de mi martirio. Nunca llegaré á vengarte, y nunca me acogerás, más allá de las nubes, en la morada del eterno amor.

« ¡ Esas tres flores de cerezo!... ¿ No fueron una visión de tu agonía? Nunca, en los pechos que para mi vergüenza se inclinan sobre mí, he visto ningún tatuaje... ¡ Tal vez el hombre de

Hikone murió también!... Y entonces... ¡ Ah, entonces!... »

..

« Tú deberías aparecérteme en sueños para consolarme y darme fuerzas. Ya ves que en medio de este desierto sin límites, sola y perdida, estoy extenuada... »

« Ven á decirme que no mantienes tu orden y que puedo ir á reurnime contigo ; ó si tus manes irritados siguen pidiendo venganza, inspira al enemigo, empújale, tráele hasta aquí. »

..

« ¡ En fin ! ¡ En fin ! ¡ La obra se ha realizado ! ¡ La venganza se ha cumplido ! ¡ Soy libre !... »

« El hombre está ahí ; yace teniendo hundido en la espalda el puñal que siempre llevaba oculto entre los cabellos... »

« Y es él, sí, es él. Buscad bajo la tetilla las tres flores de cerezo. Ellas os dirán que el hombre castigado era un cobarde que hirió traidoramente á un noble guerrero que frente á frente combatía con otro guerrero leal. »

« Y el hombre de Hikone había llegado á ser poderoso personaje, ocupaba un cargo muy ele-

vado en la nueva corte, y era dichoso. ¡ Tanto mejor ! Al pensar en lo grata que debía serle la vida, he experimentado mayor placer al arrancársela. Y ha sabido por qué moría, pues se lo he escupido á la cara con insultos... »

« ¡ Oh, mi bien amado ! ¡ Siento que me acaricia tu aliento ! Ya voy, ya voy... pero no desde aquí ; no quiero que mi sangre se mezcle con esa sangre vil... En el jardín, al aire libre... Así volaré más pronto á tu lado... »

..

Largo silencio reina cuando Joven-Sauce acaba de leer, y todas las mujeres quedan pensativas, reflexionando, profundamente sin duda, sobre lo que acaban de oír. Y algunas se secan las lágrimas...

Muy ensimismada también, Joven-Sauce arrolla lentamente el manuscrito que vuelve á colocar dentro del estuche de laca.

La primera que levanta la cabeza es El Pájaro-Flor.

— Después de historia tan terrible, — dice, — no se debería contar nada, pero como la costumbre quiere que la reina de un día que preside la reunión termine el torneo hablando la